

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO (1957–2018)

El pasado 12 de julio de 2018 falleció el profesor Dr. Enrique Gozalbes Cravioto en el Hospital «Virgen de las Nieves» de Granada tras una penosa enfermedad, apenas recién cumplidos 61 años. A sus muchos amigos, colegas y estudiantes y a mí especialmente nos resulta muy difícil asimilar su muerte y todavía no lo podemos creer. Pienso que en cualquier momento voy a encontrarme con él en los pasillos de la facultad o en cualquier esquina de uno de esos numerosos congresos a los que solíamos acudir juntos. A propósito de Enrique se ha repetido mucho la palabra *vitalidad* para evocar esa alegría de vivir tan suya que contagiaba a todos los que estábamos cerca de él.

Aprovechando la libertad que me conceden los editores de la revista *Liburna* no voy a hacer una «nota necrológica» al uso, pues va contra la idea que aún me hago de Enrique. Quiero evocarlo como si aún estuviera vivo y con el entusiasmo que le caracterizaba. Voy a hablar de mi amigo Enrique desde una proximidad que rozará la familiaridad y, a veces, de manera poco convencional. No obstante y con relativa brevedad, también voy a hacer referencia a lo más destacado de su vida personal y de su trayectoria docente e investigadora.

Enrique Gozalbes Cravioto nació en Tetuán (Marruecos) el 8 de junio de 1957, donde vivían sus padres, Guillermo y Rosa. Allí creció y realizó sus primeros estudios. Su padre, Guillermo Gozalbes Busto, doctor en Historia y en Derecho, fue director de la Biblioteca Española de Tetuán y director e impulsor de *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, en que publicó, al igual que sus hijos, Enrique y Carlos, numerosos artículos de época medieval y de historia de Marruecos. Yo tuve la suerte de conocerlo y acompañarlo en sus diarios paseos por el Campus de Fuentenueva. Así pude comprender su enorme humanidad y el cariño que tenía por sus hijos, sobre todo por Enrique, del que me decía que me ocupara de sus estudios y le ayudara en sus

investigaciones. Desde entonces, siempre he tenido un sentimiento de familiaridad y de amistad por Enrique, digno hijo de un inmejorable padre, y de toda su familia. Guillermo y su esposa Rosa, maestra, tuvieron cuatro hijos, Rosa, Guillermo, Carlos y Enrique, que era el menor, pero el primero en fallecer, los otros todavía viven. De estos padres, sin ninguna duda, heredó Enrique su afición por la docencia e investigación, al igual que sus hijos y su hermano Carlos.

De Tetuán marchó a Granada para realizar la licenciatura (Sección de Historia) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada (1974–9); precisamente ese mismo año yo me había incorporado a esta universidad, procedente de Salamanca, como profesor ayudante de clases prácticas y encargado de los distintos grupos del primer curso. Por este motivo tuve la suerte de tenerlo entre mis primeros alumnos.

Enrique pertenece a esa clase de alumnos que todo profesor guarda en su mente y en su corazón haciéndole sentir el orgullo de su privilegiada profesión. Mis primeras lecciones se las impartí en aquel curso académico (1974–5), donde ya me demostró su interés por la Historia Antigua de la Península Ibérica y de Marruecos. En 1979 se licenció en Filosofía y Letras, Sección de Historia, y realizó bajo mi dirección la Memoria de Licenciatura. Al año siguiente, obtuvo, por oposición libre, plaza de profesor de Instituto de Bachillerato, impartiendo clases como profesor de Geografía e Historia en diferentes centros de Granada y provincia (1981–98), entre otros, en el Instituto de Enseñanza Media de «La Sagra» en Huéscar, donde, como director, me invitó a dar una conferencia con motivo del *V Centenario de la incorporación de Huéscar a la Corona de Castilla (1988)*, publicado bastante tiempo después gracias a sus gestiones en Granada (2013), dentro de un volumen en el que él también formó parte de los autores.

A comienzos de los ochenta, como era frecuente en el mundo universitario y social del momento, también se interesó por la política, y en 1982 resultó elegido diputado nacional por el Partido Socialista Obrero Español por la circunscripción de Granada. Afortunadamente pronto abandonó la política para dedicarse plenamente a la docencia e investigación, que era verdaderamente lo suyo.

Contrajo matrimonio con Inmaculada García, actual decana de la Facultad de Ciencias de la Salud, con la que tuvo tres hijos, trillizos, Enrique, Eduardo y Helena, que siguen los pasos de su padre y en particular Helena, becaria ahora del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Granada.



Enrique GOZALBES CRAVIOTO.

Enrique inició y culminó su tesis doctoral bajo mi dirección sobre un tema que le apasionaba y del que tenía abundantísima documentación, tanto literaria como epigráfica y arqueológica, la *Mauritania Tingitana*, tesis que defendió públicamente en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada en 1987, obteniendo la máxima calificación.

A partir de entonces siguió trabajando en la Enseñanza Media (no Secundaria), pero sin dejar de pensar en que su destino como profesor sería la Universidad, donde le correspondía y donde mejor podría dedicarse a la investigación histórica, que era lo que realmente le apasionaba.

En el curso 1996–7 le llegó esa oportunidad y se presentó al concurso–oposición para una plaza de profesor titular de Historia Antigua que

había convocado la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Castilla–La Mancha, con sede en Cuenca, plaza que consiguió brillantemente y en la que también tuve el honor de estar junto a él en ese acto, ya que el azar hizo que formase parte del tribunal que juzgó dicha plaza. Parecía que su destino estaba irresolublemente unido al mío en los aspectos docentes e investigadores. De esta forma aumentó aún más nuestra amistad y yo podía cumplir los deseos de su padre de ayudar a Enrique en su quehacer investigador.

Desde 1998 hasta la fecha de su fallecimiento fue profesor titular de Historia Antigua en la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Castilla–La Mancha, con sede en Cuenca, donde ha desempeñado diferentes cargos académicos: secretario de la Facultad desde 2004 a 2012, director del Programa de Doctorado de Humanidades «*Territorio y Patrimonio Histórico–Cultural*» (2002–10) y asesor de Historia de España para la redacción de las Pruebas de Acceso a Enseñanzas de Grado (P.A.E.G.) en la Universidad Castilla–La Mancha desde 2011. En 2017 había sido acreditado para catedrático de universidad y, como no podía ser de otra manera, la Universidad de Castilla–La Mancha me había propuesto como presidente de la comisión que habría de juzgar dicha plaza. Pero, lamentablemente, Enrique ya no podrá cumplir ese sueño, que estaba a punto de hacerse realidad.

Desde 2005 era Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y de otras instituciones científicas y culturales: Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, Instituto de Estudios Ceutíes e Instituto de Estudios Melillenses. Igualmente formaba parte de diversas asociaciones de investigadores, entre ellas la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos, la Asociación Española de Orientalistas, la Sociedad Española de Historia de la Arqueología y la Asociación «Hespérides» de profesores de Geografía e Historia. Se le concedió el Premio de Investigación histórica por sus trabajos tarifeños e igualmente lo fue por la Asociación Española de Amigos de los Castillos.

Buen estudioso e investigador incansable de la historia de Marruecos y del África romana, Enrique era colaborador habitual de la revista *Antiquités Africaines*, patrocinado por el Centre National de la Re-

cherche Scientifique, principal referente de la arqueología en el norte de África; también lo era de *L'Africa Romana* (Universidad de Sassari, Cerdeña), en cuyos congresos, celebrados cada dos años, solía participar asiduamente. Ya estaba inscrito para el *XXI Convegno internazionale* que se celebrará en Túnez el próximo diciembre, con una comunicación sobre «La epigrafía militar en Mauretania Tingitana. Estado actual y perspectivas de estudio». Estaba tan ilusionado en asistir que apenas una semana antes de su deceso me animaba durante la visita que le hice al hospital a que le acompañara y asistiera a este, tal como habíamos hecho en otras ocasiones. Asimismo era miembro, desde sus inicios, de la Escuela Arqueológica Italiana de Cartago, en cuya revista colaboraba habitualmente; también investigaba en manuscritos: en este sentido había estudiado los fondos y archivos de los Museos Arqueológicos de Tetuán y de la Kasbah de Tánger.

Su interés por la arqueología le llevó a realizar diferentes prospecciones arqueológicas en Marruecos, sobre todo en la región de Tetuán, Larache y Rabat, en compañía de su hermano Carlos y su hija Helena. También llevo a cabo excursiones arqueológicas con el profesor Attilio Mastino a Cartago, Djerba, Rabat y Tozeur, y siempre manifestó su simpatía, buen humor y amistad. Como dice de él el propio A. Mastino: «nos deja un legado de proyectos y una red de amistades que no olvidaremos» (“ci lascia un ereditá di progetti e una rete di amicizie che non dimenticheremo”).

Enrique siempre era muy afectuoso con sus antiguos profesores y con sus colegas, especialmente conmigo, citándome en múltiples ocasiones y vanagloriándose de haber sido mi discípulo. Actitud admirable y fidelidad hacia sus maestros son virtudes que le honran en gran manera.

Enrique poseía una gran capacidad intelectual, memoria, agudeza y perspicacia. Su interés por tocar todos los temas confiere a su ingente obra un eclecticismo que le hizo abarcar una gran variedad de campos históricos, que van desde la prehistoria hasta la época moderna y contemporánea, sin desdeñar la tradición clásica, pues era buen conocedor de los autores antiguos. En este sentido, en su recorrido científico, ha tratado muchas y variadas cuestiones. Ha dirigido varias tesis docto-

rales, en alguna de las cuales he tenido el honor de formar parte del tribunal que las juzgaba; publicó un gran número de libros, artículos, ponencias, comunicaciones a congresos, nacionales e internacionales, pronunció charlas y conferencias en diferentes escenarios científicos, etc. Dentro de esa gran cantidad de libros de investigación histórica, voy solo a mencionar los más importantes: *Economía de la Mauretania Tingitana (siglos I a.C.–II d.C.)* (Ceuta 1997), *El nombre romano de Ceuta* (Ceuta 1999), *Caput Celtiberiæ. La tierra de Cuenca en las fuentes clásicas* (Cuenca 2000), *El descubrimiento de la Historia Antigua en Andalucía* (Málaga 2001), *Viajes y viajeros en el mundo antiguo* (Cuenca 2003), *La ciudad hispano-romana de Valeria* (Cuenca 2009), *Tetuán: Historia, Arqueología y Patrimonio* (Tetuán 2012), *Marruecos y el África occidental en la historiografía y arqueología española* (Ceuta 2012) y, el último publicado, *Introducción a la Historia del Marruecos Antiguo Mauretania Tingitana* (Granada 2017), que tuve el honor de presentar en la Escuela de Estudios Árabes (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) de Granada.

Era un investigador incansable de la Historia del Marruecos romano y, en general, del estudio del África romana. Me quedo corto si afirmo que es autor de más de cuatrocientas contribuciones, que lógicamente sería imposible citar en su integridad en el escaso margen de estas páginas. Sin embargo, sí puedo decir que Enrique Gozalbes asistió y defendió sus trabajos en congresos nacionales e internacionales, tanto en Europa (España, Portugal, Francia, Gran Bretaña, Italia, Bélgica, Ciudad del Vaticano) como en el norte de África (Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto) y América (Cuba). Las actas de estos congresos y sus artículos han sido publicados en las más prestigiosas revistas nacionales e internacionales. Ha colaborado también en el *Diccionario de Historia de la Arqueología en España* y en el *Atlas de Caminería Hispánica*.

Enrique formaba parte además del «Grupo de Investigación de Humanidades de la Junta de Andalucía» (HUM-865), del que yo soy el investigador principal desde 2007, con el título *Deporte y Olimpismo en el mundo antiguo y moderno*. Sus trabajos y aportaciones siempre fueron de gran interés para los integrantes del grupo. Por su parte, en 2012 él había constituido otro grupo de investigación, desarro-

llo e innovación (I+D+i) con el título *Una arqueología sin fronteras: los contactos internacionales de la Arqueología española en el siglo XX* (HAR2012–334033/Hist) y en el que quería que me integrase, pues estaba convencido de que este proyecto era el más importante de su vida.

De su constancia en el trabajo y de su ambición por el conocimiento histórico he sido testigo durante todos los años de nuestra amistad. Enrique era un trabajador incansable y un lector empedernido. Un ejemplo de buen humor en el trabajo, limando asperezas, tendiendo puentes, derrochando cordialidad. Y todos sabemos la suerte que supone contar entre nosotros con una persona así, que no atiza rencores y, pese a lo mucho que sabe, no se convierte en un interesado intrigante que procura imponer sus deseos, sino que escucha y respeta a todos. Su valor humano era igual a su gran valía científica. Puedo atreverme incluso a añadir también que Enrique era un pozo de conocimientos, aunque su modestia le hiciera decir repetidamente que le quedaba mucho por aprender.



Enrique Gozalbes y Mauricio Pastor (16 de mayo de 2018).

Quiero finalmente recordarle, lleno de vida y de ilusión, en el último acto que compartí con él. Fue el 16 de mayo de 2018, dos meses antes de su fallecimiento; acudió al homenaje académico y al posterior ágape que me ofrecieron los compañeros del Departamento de Historia Antigua y la Facultad de Letras con motivo de mi jubilación. Me consta que tuvo que hacer un gran esfuerzo por estar presente, ya que tenía un día bastante complicado, pero estuvo allí, por su amistad, fidelidad y respeto hacia mi persona. Me sentí muy arropado por todos los presentes, pero especialmente por mi primer doctorando y amigo Enrique, hecho que le agradecí públicamente.

Enrique, nos has dejado demasiado pronto y te has ido con las manos llenas, llenas de enseñanzas y de generosidad, de gran humanismo, de ejemplo a seguir, y nosotros somos acreedores de tanto como te debemos. A mí me quedará siempre el recuerdo de haber compartido contigo muchos momentos de tu vida. Mi respeto a tu persona y a tu investigación será siempre enorme y mi amistad será eterna, como lo es ahora tu vida. Querido Enrique, antes o después nos volveremos a encontrar. De momento, nos queda el magnífico legado que nos has dejado y los momentos tan maravillosos que nos diste a todos los que tuvimos la suerte de estar junto a ti en algún momento de nuestras vidas.

Valeas Enrique (*sit tibi terra leuis*). Seguro que nuestras vidas se volverán a unir en el más allá y podremos seguir nuestra eterna amistad.

Adiós, amigo.

Mauricio PASTOR MUÑOZ